

hasta atrás

# Lucy y la niña amarilla

TEXTO: MÓNICA LAVÍN

Luciana Cabarga, la tía Lucy, fue fundamental en mi relación con los libros. A los 9 años tuve hepatitis. Mi prima Francesca, su hija, detectó que yo padecía la enfermedad durante unas vacaciones en Cuernavaca. Habíamos salido todos los primos a pasear y al volver, después de comer a mordidas compartidas una manzana acaramelada –lo que valió la inyección general de gammaglobulina– Francesca dijo a mi madre que tenía los ojos amarillentos y los análisis y el doctor corroboraron su diagnóstico. Pasé el resto de esas vacaciones viendo, desde un *chaise longue* en la terraza, a mis primos tirarse al agua de la alberca. Allí leí *Mozart*, un libro sobre la vida del músico que la tía Lucy me regaló. Después la tía Lucy añadiría a ese regalo los libros que me acompañarían los siguientes dos meses, cuando regresé a México para completar el reposo: *Una familia para Sarah Ann* sobre una niña huérfana que llega a vivir con sus tíos en Boston y que se vuelve bailarina y *Shora y las cigüeñas*, la historia de una aldea sueca donde las cigüeñas llegan a anidar en una época del año. Más tarde también me regalaría *El viaje de Nils Holgersson a través de Suecia* de Selma Lagerlöf. Conservo los libros con el mismo celo que el recuerdo del tiempo que pasé tras las páginas con un niño que viajaba en el lomo de una golondrina, o la niña que se afanaba en sobresalir en las clases de ballet. Me llevaron a otros paisajes y situaciones lejanas y a la vez próximas. Aquellos libros no sólo hicieron de mi reposo obligado un tiempo más grato sino que se volvieron queridísimos e inseparables. No pienso deshacerme de ellos nunca, formaron parte de los estantes de libros de mis hijas y espero lo sigan haciendo de futuras generaciones. Cada vez que miro sus portadas rozo ese íntimo goce de ser poseída por sus páginas.

La tía Lucy había regalado los libros justos para encender mi apetito lector. Libros para leer a la edad en que los leí: no antes no después. Sin saberlo (o quizás con esa intención) sembró el placer por las historias, mi gusto lector, el andamiaje de lo que se convertiría en el deseo de la escritura.

En qué momento me compartió un manuscrito que leí con devoción, como si fuera la depositaria de un secreto íntimo, no lo sé. Pero tuve entre mis manos el relato “El oso Boris”, que Lucy había

escrito a máquina y sujetado con un broche de metal a un folder. Ignoro si alguien más tuvo la oportunidad de leerlo, pero cuando Lucy me lo dio yo tuve la certeza de que era un regalo especialmente para mí, que quería convidarme de su gusto por fabular. El oso Boris era el oso de un húngaro, que debía de bailar al son del pandero para que él y su amo tuvieran que comer mientras deambulaban por las calles de una ciudad. Yo era una niña, la tía Lucy una mujer estilosa, con una conversación grata que tenía una casa muy bella donde mi infancia se solazó con el cariño del tío Raúl, mi padrino, la severidad afectuosa de Chole, la nana, y con Francesca mi prima inteligente y voluntariosa, que vivía en Cuernavaca (eso entonces me parecía un asunto exótico) y más tarde con Sandra y Renata mucho menores que nosotras. Los niños comíamos antes que los adultos en aquella mesa de cristal en la terraza; luego lo hacían ellos, los mayores.

Esos señores, entre los que estaban mis padres, bebían cerveza, atrapaban dados de abulón (que entonces se vendía enlatado y no era un producto escaso), reían, hablaban de cine, de libros, escuchaban jazz y bossa nova.

Por eso cuando ese mundo de los mayores abría una rendija para nosotros los niños que contábamos los minutos de la digestión para tirarnos al agua, había una fascinación. Y la tía Lucy me había elegido a mí para compartir los libros que a ella la habían cautivado en la infancia lejana en Europa y trunca por la guerra. Qué lejos estaba yo de comprender que la tía Lucy ya era una mujer devota del cine que luego se ocuparía por la promoción del cine en el estado de Morelos y del estado de Morelos en el cine. Para mí era esa cómplice delicada y fundamental que puso los libros apropiados en las manos de la niña amarilla, de la lectora que ella contribuyó a formar, de quien como ella con el oso Boris ya soñaba en construir ficciones que ensancharan su mundo. Había que decirlo. •

**MÓNICA LAVÍN**

Ciudad de México, 1955. Escritora y periodista. Sus más recientes novelas son *Despertar los apetitos* y *Hotel Limbo* (Alfaguara).